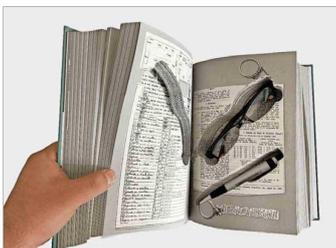




Los troqueles del libro requieren dividir las 900 páginas de "Torpedos" en 19 cuadermillos que el mismo González debe unir para armar el volumen final.



"¿Qué es el arte?", se lee en un lápiz dentro del libro, acompañado por unos lentes que también tienen torpedos.



En las últimas páginas del libro, aparece otro libro: una versión que trae solo el texto de los poemas que está oculta en lo que parece ser un caja de lápices.

ENTREVISTA | Poesía y artes visuales

Un libro para superar la escritura: los poemas manuales de Yanko González

Después de 14 años de un trabajo, el poeta lanzó "Torpedos", un sorprendente volumen de 900 páginas que incluye en su interior una serie de objetos con textos ocultos: en gomas de borrar, lentes y anillos se esconden los textos. Incluso, trae un segundo libro con 100 poemas dispuestos de forma tradicional que surgen de su incomformidad con los sistemas educativos. Según dice, fue la forma que encontró para que los poemas "estuvieran vivos".

ROBERTO CAREAGA C.

Parace una goma de borrar como cualquier otra, pero tiene algo escondido: en un extremo tiene un pequeño sacado que permite abrirla. Adentro contiene una tira de papel que se desenrolla y muestra un texto manuscrito. En una sala de clases no habría duda de que esa goma sería el escondite para guardar un torpedo. No un proyectil, sino uno de esos apuntes clandestinos que todo estudiante alguna vez elaboró para salir airoso de un examen sin necesidad de estudiarlo todo. Pero la goma está en un libro, en un libro tan grande que permite en sus páginas un troqueleado donde está depositada. El volumen trae más objetos: una huincha de medir, unos anteojos, un lápiz, una regla y un anillo que esconde otro anillo en su interior. Todos ocultan textos que, en conjunto a más textos, imágenes e incluso otro libro más pequeño, conforman **Torpedos**, el nuevo libro del poeta Yanko González.

Decir que **Torpedos** es un libro de poemas sería limitarlo. Lo es, pero a la vez es un mecanismo ideado para superar las limitaciones materiales de un libro tradicional y convertirlo en un depósito de ideas poéticas que exceden las posibilidades de los versos. "Estos poemas necesitaban expresarse de esta manera", cuenta González, poeta y antropólogo, que en más de 20 años como profesor universitario con experiencia en clases y en cargos directivos fue detectando una serie de imposturas en el sistema de enseñanza. De ahí no solo vinieron poemas, también una forma: los torpedos como el vehículo de resistencia más elemental a los estudios basados en la memorización.

"Empecé a tener estos poemas enabarridos contra los sistemas de enseñanza y aprendizaje, contra lo que se había convertido la educación formal. Y a poco andar me surgió el soporte. Son una miniatura tan sobre los torpedos que pueden ampliar su capacidad erosiva si yo la reproducía y la escribía en un soporte poético", cuenta González, que hace una semana lanzó **Torpedos** en el Centro de Investigación y Documentación Il Posto (José Miguel de la Barra 480, 201). Ahí hoy se expone una serie de objetos que acompañan al libro; que fue elaborado en los 14 años que le demandó el proyecto. En su fase final, necesitó de cinco imprentas para llegar al volumen de 900 páginas. Diseñado con apoyo de Ricardo Mendoza, director de ediciones Kultrín, el libro se vende en \$100 mil, pero tiene una versión solo con poemas que vale \$15.000.

Director de Ediciones Universidad Austral (UACH) y decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de dicha casa de estudios entre 2011 y 2017, González es autor de libros como **Metales pesados** (1998), **Alto Volta** (2007) y **Elábuga** (2011). Ha escrito una poesía compuesta por investigaciones antropológicas, y sus versos suelen estar cruzados por voces de otros, ecos que vienen del lenguaje de la burocracia, las jergas juveniles o la tradición poética. Siempre sus poemarios tienen elementos gráficos que coquetean con lo objetual y **Torpedos** lleva esa idea al extremo: al estilo de los poetas Arturo Alcayaga, Juan Luis Martínez o Guillermo Deisler, acá González echa mano de las artes visuales. De hecho, antes de que se convirtiera en el libro que es, **Torpedos** empezó siendo una serie de objetos que efectivamente existen y se pueden ver en la muestra de Il Posto.

Con técnicas artesanales que fue perfeccionando con el tiempo, González fue escondiendo mensajes en sacapuntas, lápices, llaveros, correctores ortográficos, relojes, audífonos, corbatas, calculadoras, pulseras, cajas de remedios, mascarillas o incluso en envases de chicles. Una manzana puede abrirse como si fuera un pequeño libro que incluye hojas anotadas. Un libro contiene en su interior un muñeco de trapo sobre el cual el poeta escribió a mano un poema, el "Inspector vudú". No todos están en **Torpedos**, pero de todos hay imágenes. Si está un lápiz pasta que tuvo que mandar a hacer a China: con cada clic para sacar la punta, se despliega una línea de texto diferente en los costados. Versos: "donde dice línea, es forma, donde colores, / texturas y donde ritmo, orden. / qué es el arte, colgar en un muro las cosas / que alguna vez te hicieron daño".

Dicho poema nos lo está en el lápiz pasta, sino también en un pequeño volumen incluido en el libro **Torpedos**: escondido en lo que parece ser una caja de lápices de colores, aparece un libro de 140 páginas con 103 poemas —la base textual de los objetos— en los que González aborda la mecanización de la educación y sus absurdos, pero también los aprendizajes en general, emocionales, técnicos o artísticos. Uno de los textos centrales del libro es "Letter", una carta en la que, para excusarse de un trabajo, le cuenta de sus investigaciones rastreando la formas en que se les llaman en otros países y lenguas a los torpedos: "En estos últimos nueve meses he caminado sosteniendo una vara de hierro durante una tormenta de rayos", se lee. Y sigue: "Créame, he li-

mosneado en la universidad, en la corporación cultural, en el departamento comunal, en el comité de ayuda vecinal, para lograr recorrer pueblos lejanos y dejar, por vez primera en la historia, registro de cómo no mbraban lo que yo hice en su examen y en el anterior. Y el anterior al anterior, con la maestra Mary Douglas, que también me pilló copiando".

Poeta de agua salada

Nacido en Buin en 1971 y asentado en Valdivia desde los 90, González ha sido también un investigador y compilador en varios ámbitos: junto a Pedro Araya ha editado las antologías **Carne fresca**, **Poesía chilena reciente** (2002) y **Zurdos**, **Última poesía latinoamericana** (2005); mientras que en la no ficción publicó **Los más ordenaditos** (2020), investigación sobre el fascismo en la juventud en la dictadura, que recibió los premios del Consejo del Libro y Manuel Montt de la Universidad de Chile. La voluntad antropológica también está en **Torpedos**: "Estos poemas surgen de ver y experimentar, en clases y trabajos directivos en la educación, lo absurdo de la obligatoriedad de memorizar ciertos contenidos para ser alguien en la vida. Los sistemas de enseñanza de educación formal hacen pasar contenidos como objetivos, lo

FRANCISCO JAVIERELES



Sería realmente un hijo de la chingada si solo pusiera estos poemas en la forma clásica. La manera en que sean mucho más incisivos, más erosionantes, era convertirlos en objetos, darles visualidad, hacerlos vivir.

—Todos sus libros de poemas contienen elementos gráficos y tienden a ser objetos, como "Elábuga", que luce como una tumba. ¿Qué lo ha llevado a esa materialidad?

—He estado rumiando una idea que es la de los poetas de agua dulce y los de agua salada. El de agua dulce necesita tranquilidad, aguas más estancas, porque las peripicias de su poesía son retóricas y metafísicas. Y siempre necesita de orillas, donde contener esa retórica y su métrica. El de agua salada es alguien que está cometiendo riesgos, tiende a ahogarse, porque está en aguas abiertas, pero lo que le fascina es que en las aguas saladas no hay orilla. Y esa sensación de libertad es lo que mueve a ese tipo de poeta. Yo desde chico fui más arrojado a hacer malos poemas, cometer el riesgo, pero estar en aguas saladas. Del que se ahoga, pero lo que le interesa es no ver la orilla. La orilla representa una tesis sobre la poesía que tiene que ver con su esencia. Para mí la poesía no tiene esencia, sino ocasión. Tiene tantos horizontes de recepción como tantos sujetos que la leen. Mi tanteo y mis búsquedas majadera o infantil de lo prospectivo tiene que ver con intentar un parteguazo. Por eso podemos disfrutar con un objeto, con un anillo que se abre, con una regla que te sorprende. No sé si el poema se sostiene, pero hay una atmósfera que intermedia al lector en lo poético.

—¿Cree que en la poesía de agua dulce, como la llama, ha llegado a una repetición de sí misma y ensimismarse? Y en ese sentido, ¿un libro como "Torpedos" se hace necesario para romper con la forma clásica de la poesía?

—Es lo que está pasando hace muchas décadas. La poesía de uso, la que daba sentido en la comunidad familiar, fue ensimismándose. Eso lo detecté joven y por eso me fui acercando a la poesía de los 80, de Carmen Berenguer, Malú Urrutia, Sergio Parra. El poema habitado por mucha gente, multivoocal, siempre dialógico, que intenta surfear la oralidad para interperarla. El ensimismamiento del sujeto lírico ha sido muy problemático para la poesía. Porque los estrozos por el contorno del poema fueron sacrificados, para concentrarse solo en el interno del poema. Y eso nos dejó hablando solos. Por lo menos mi empuje —aunque es lo que me trajo, hay gente que dice que no se me entiende nada— es que el poema siempre esté habitado por la mayor cantidad de gente adentro. Tiene vocación comunicativa. Mucho de lo que escribo se nutre de bitácoras, entrevistas, documentación. Pero si bien en **Torpedos** puede gobernar la observación, siempre reina la memoria. El libro puede intentar interperar el contexto, pero el poema lo metaboliza biográficamente. Y es lo que hace que el escrito no sea una crónica netamente periodística.

—No cree que dada la forma tan sorprendente de "Torpedos" un lector que se encuentre con el libro se quede solo en los objetos y no lleve a leer los poemas?

—En estos 14 años en que fui escribiendo el libro y después elaborándolo, fui bajándole los decibeles a la hincharción teórica. Este tipo de objeto debe ser de cavilación conceptual. Habría sido un error dotarlo de una conciencia conceptual y teórica, y hacer un libro magistral y teórico. Sobre todo porque **Torpedos** viene de una actitud libertaria de transfigurar objetos y palabras. Esto es lo más cercano a pensar con los dedos. Y era una necesidad espontánea. El acto de disciplina manual te lleva a imaginar muchos más poemas que la página en blanco; debes tener un buen poema, tienes que inventar una forma de esconderlo de tu profesor y luego tienes que hacerlo. Y bueno, si el lector no llega a los poemas... Si yo me libere de eso, entiendo al lector que pueda liberarse de los poemas textuales e ingresar a un mundo de poemas manuales.

TORPEDOS
 Yanko González
 Ediciones Kultrín
 Versión con objetos, \$100.000
 Versión con poemas, \$15.000
POESÍA

que debe ser aprendido. Y la manera más básica que tiene el estudiante de resistirse es justamente hacer un torpedo, usarlo y después olvidarlo", dice el escritor.

—¿Las palabras no fueron suficientes para los poemas de "Torpedos"? ¿O siempre los pensó como objetos?

—Desde el inicio pensé simultáneamente en el continente y en el contenido. Es una porfía por la peripicia y tanteo. Una avidez majadera por lo prospectivo. Una insistencia en que los poemas a través de los poemas estén vivos, estén de pie. Que estén hablando independientemente del texto muerto. La manera en que logran estar de pie es a través de este continente.